

**E**n la actualidad es muy frecuente la utilización del término cultura popular tradicional para referirse a las manifestaciones culturales de un pueblo que hasta estos momentos se han conceptualizado en el vocablo folklore.

Sabido es que este vocablo fue utilizado por primera vez el 22 de agosto de 1846 cuando el anticuario inglés Willian Jhon Toms propone a la revista "The Ateneum" de Londres la palabra sajona folk-lore, utilizada para designar el saber popular, contemplando los usos, costumbres, antigüedades, literatura, coplas y proverbios antiguos. Desde entonces el vocablo ha sufrido diversidad de alteraciones en su significación; sin embargo, pocos son los que se han preocupado por adaptar dicho término en función de los cambios operados en el desarrollo histórico de la sociedad y de las exigencias actuales de la misma. Surge así la idea parcial de que el folklore es exclusivamente la manifestación musical de un pueblo, o la idea absurda de que significa ridículo, grotesco o escándalo.

El concepto de folklore obedece a diversos factores, según los muchos autores que han tratado el tema. Siguiendo las ideas del argentino Raúl Cortázar,<sup>1</sup> la funcionalidad del hecho folklórico y preferentemente el factor humano son las bases en que se sustenta el folklore.

He aquí dos citas de este autor donde se resumen sus teorías:

"Considero que para determinar el contenido del folklore es menester tomar como punto de partida al grupo humano que recibe, selecciona, adapta a través del tamiz de su experiencia, asimila, transmite, sincrónica y diacrónicamente, y convierte en folklore algunos bienes de su patrimonio cultural".

"El objeto no se explica sólo por la forma, materia, textura, ni tiene sentido aislado como una pieza de museo; es la función la que permitirá valorarlo integralmente. La función admitida y practicada por la comunidad en un momento dado y también como uso tradicional".

Este mismo autor hace referencia a una larga lista de características que configuran el hecho folklórico y, sin embargo, también son numerosas las divergencias existentes al respecto con relación a otros autores que estudian el

# EL FOLKLORE Y LA CULTURA POPULAR TRADICIONAL

por Alberto Padrón

tema. Es por ello que se ha determinado recontextualizar dicho término y definirlo como cultura popular tradicional.

En cualquier caso, bajo una de estas dos definiciones, siempre debe tratarse el tema desde la perspectiva de un grupo social que utiliza unos bienes culturales, los cuales cumplen una función determinada según las necesidades de la comunidad.

A continuación vamos a analizar la definición del vocablo *popular* y comprobaremos cómo en la actualidad es incorrecta su utilización según aparezca en un contexto u otro.

Desde hace unos pocos años es muy frecuente oír o leer en los distintos medios de comunicación este nuevo vocablo; diversos sectores vinculados a la política, la educación y a la comunicación ofrecen distintas acepciones del término, pero al igual que con el término folklore, pocos se han preocupado por estudiar las diferentes significaciones que pueda tener dicho vocablo. Etimológicamente, popular hacer referencia a la pertenencia del pueblo o aceptación del mismo de algún hecho concreto, pero no señala la diferencia existente entre pertenencia y aceptación, y por otro lado, no menciona las características de identidad propias de cada comunidad.

Ante esta falta de concreción resulta tan popular una manifestación cultural tradicional como pueda serlo una moda supranacional difundida por los medios de comunicación de masas y, sin embargo, son dos conceptos bien distintos. ¿Qué diferencia existe entonces entre la cultura popular y tradicional y las diversas modas populares que se introducen en el seno de una comunidad? La primera tiene sus raíces en la tradición, fruto de un conjunto de bienes materiales, espirituales y culturales que se trasmite en el deve-

nir histórico de una sociedad..., y evoluciona y se actualiza adaptándose a las exigencias de la misma. La segunda es la que anda por el pueblo sin ser propia del mismo, es la cultura de masas, impuesta por los medios de comunicación y las grandes culturas institucionalizadas, la que nos aparta día a día de nuestra identidad para convertirnos en una comunidad cosmopolita, desarraigada de su propia personalidad.

¿Qué sucede cuando se enfrentan ambas culturas? En muy contadas ocasiones, cuando el pueblo es consciente de la existencia de dichas culturas es posible que se mantengan diferenciadas y no prevalezca la una sobre la otra. Pero en la mayoría de los casos se produce, por desconocimiento del pueblo, una transculturación en la comunidad como consecuencia de la aceptación de todo lo que resulte novedoso o foráneo, símbolo del desarrollo cultural al que tiende toda sociedad. Esta transculturación supone generalmente el sacrificio, o mejor sería decir la aniquilación de la cultura tradicional en beneficio de otra importada.

A modo de ejemplo de esta transculturación, y resaltando los factores mencionados anteriormente: grupo social y función, quisiera referirme a la música como uno de los muchos apartados de nuestra cultura popular tradicional.

La transculturación en la música tradicional tiene su origen en las diversas influencias exteriores a que es sometida. Si nos acercásemos al pasado cercano de nuestra realidad encontraríamos posiblemente la causa originaria de esta situación. Durante un período más o menos largo de nuestra historia hemos contemplado pasivamente cómo la trasmisión de la cultura tradicional ha sido hábilmente manipulada por intereses políticos ini-

cialmente y luego comerciales, hasta la actualidad, prohibiendo por un lado toda manifestación espontánea de la cultura tradicional que pudiera dar motivos a posible realzamiento de la identidad regional y de sentido de independencia. Por otro lado, fomentando la competitividad de las culturas regionales mediante la proliferación de grupos organizados que concursan en los llamados festivales folklóricos.

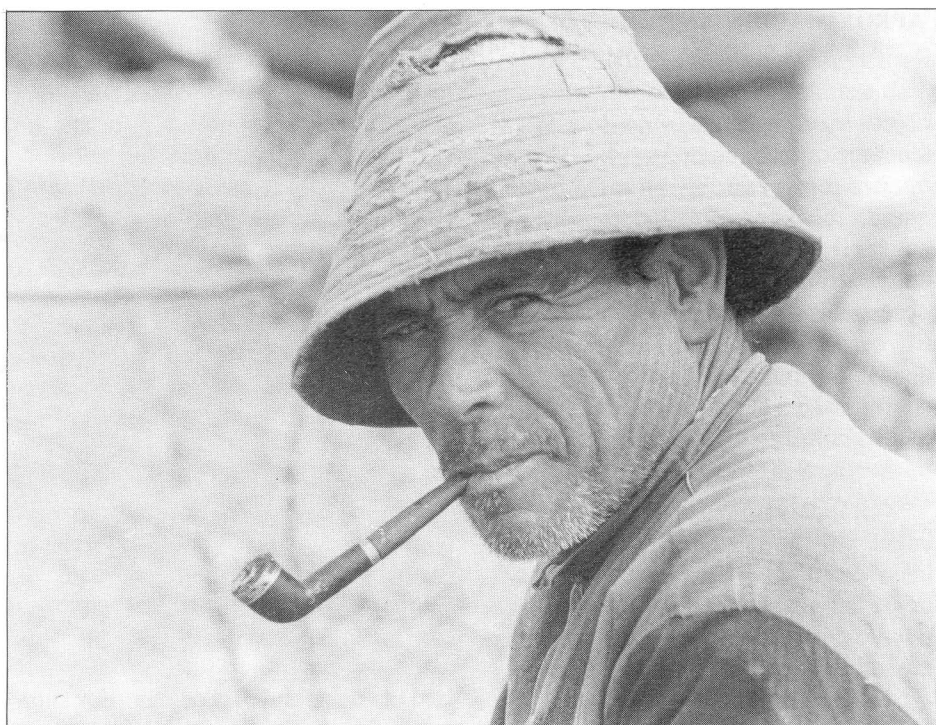
Posteriormente surge una nueva forma de representación folklórica musical; derivando de las parrandas populares aparecen los primeros grupos folklóricos. El objetivo inicial era el difundir la cultura musical que estaba en vías de desaparecer por el rechazo y olvido que se le había inculcado al pueblo con anterioridad. Poco a poco se le añade una serie de aditivos a la música tradicional, no sólo por la incorporación de nuevos instrumentos musicales, sino también por los diversos arreglos que se realizan a nivel interpretativo. Aparecen entonces los intereses comerciales reflejados en las distintas casas discográficas, exigiendo cada vez más esos aditivos a los que nos referíamos con anterioridad.

El resultado de este largo proceso es lamentable, la música que hasta entonces era considerada tradicional por ser un bien cultural perteneciente a un pueblo y que cumplía su función de expresión espontánea del sentimiento, se ha convertido en la actualidad en un espectáculo carente de sensibilidad y en muchos casos con el único motivo de conseguir la popularidad comercial o incluso en ocasiones con afán de lucro.

La conclusión de esta situación es clara. La evolución y el desarrollo de la sociedad ha transformado el objetivo principal del hecho folklórico, convirtiéndolo en una representación más de las muchas que abundan por el pueblo sin que éste la seleccione para su propio patrimonio cultural.

Los que al leer esta líneas comprendan el sentido de las mismas sentirán la tristeza de saber que una cultura que se ha transmitido durante varias generaciones está irremediablemente destinada a desaparecer en unos pocos años a consecuencia de lo que llamamos civilización.

1) Augusto Raúl Cortázar: *Los fenómenos folklóricos y su contexto humano y cultural*, en Teorías del Folklore en América Latina.



## APROXIMACIÓN ANTROPOLÓGICA A LA ISLA DE LA GRACIOSA

por Manuel del Río Suárez

Todo empezó hace veinticinco años, cuando por primera vez fui a la isla negra y blanca, (negra de los malpaíses, del lapilli y de los volcanes, y blanca de las casas, de las cosas de los hombres y de los mismos hombres) —extraña simbiosis entre ecología y cultura.

En mi peregrinaje de aquel entonces, un cierto día, mis amigos me llevaron al Mirador del Río, que entonces no era un amable local nacido del genio artístico de César Manrique, sino un hosco y horrible búnker militar cargado de agresividad y amenaza. En el entonces aquel, por vez primera, me asomé a las fugas del risco, y la panorámica que vi, fue como la de viejos libros de Geografía que en mi niñez había visto: volcanes apagados, cuatro islas chiquitas, canales y estrechos, un mar tranquilo en ciertos sitios y un mar espumageante y agresivo en otros, inmensos arenales y finalmente al sur de isla Graciosa la Montaña Amarilla o de Armida — lugar de refugio de la maga de la que Dante nos da puntual relato. Aquella imagen se quedó gravada en mi mente y en mi voluntad quedó firme el propósito de algún día conocer íntimamente aquella tierra de promisión.

Pasaron los años, hubo lecturas di-

versas sobre aquella tierra ignota: “Le Canarien” de Bontier y Leverrier; los escritos de distintos y dignos escritores de Lanzarote, las confidencias y las memorias de mi padre —viejo sabedor de cosas de estas tierras— una obra de Miguel Delibes; una relación detallada de Claudio de la Torre en su *Guía Turística*, las leyendas de tesoros escondidos por piratas en la playa de las Conchas, para algunos inspiradoras de “La Isla del Tesoro” de R.L. Stevenson.

Años más tarde —1965— conocí a un hombre excepcional, don Jorge Toledo, y él al oír mi deseo de conocer su tierra, fue un nuevo incentivo para la aventura. Pasó el tiempo y hace dos años, al fin, emprendí la aventura de llegar a aquella isla dorada con cuatro volcanes, que un día avisaré desde el Mirador del Río, veinticinco años atrás.

Ser, o pretender ser antropólogo es objetivo difícil. En otras ciencias, elevar a categoría científica las cosas que vemos es fácil por el rigor del método experimental, pero para el sociólogo o para el antropólogo, pretender ese objetivo, cumplir el viejo mandato de Emil Durkheim —“tratar los hechos sociales como cosas”—, es una labor complicada. Todos los que se dedican a esta profesión saben que mantener la